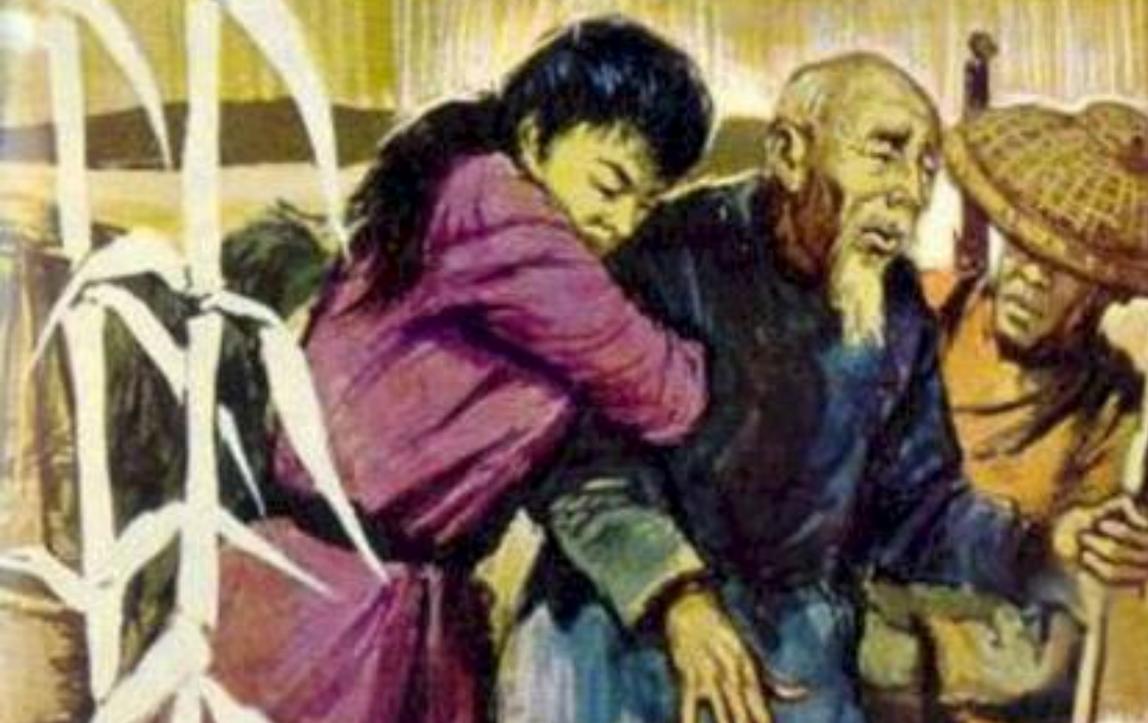


PEARL S. BUCK

LA ESTIRPE
DEL DRAGON



Una novela sobre la invasión japonesa en China. Escrita con la misma intensidad que *La buena tierra*, *La estirpe del dragón* nos habla de los míseros campesinos chinos, aferrados al terruño, hollado esta vez por el invasor japonés. Una oleada de fuego y de terror avanza por los campos, destruyendo vidas y haciendas. Pueblos enteros han de huir o someterse a la bestial dictadura del conquistador. Surgen guerrillas en la retaguardia invadida, como signo de un espíritu indomable que no se aviene a sucumbir sin lucha. Ésta es la novela de la China eterna, de sus hombres y mujeres que por la vida arrostran la muerte en la guerra.

Los chinos no consideran al dragón un ser malévolo, sino un dios y un amigo de quienes le adoran. Él «tiene en su mano la prosperidad y la paz». Gobierna las aguas y los vientos, envía la lluvia benéfica y es símbolo de la fecundidad. Se cuenta que antaño dos dragones mantuvieron un gran combate hasta que entrambos desaparecieron, dejando sólo una fértil espuma de la que nacieron los descendientes de la dinastía Hsia. Así los dragones han venido a ser mirados como los antecesores de una raza de héroes.

Capítulo I

Ling Tan alzó la cabeza. Hasta el arrozal en que se hallaba sumergido en agua hasta las rodillas, le llegaba la fuerte voz de su mujer. ¿Por qué le llamaría a media tarde, esto es, cuando no era hora de comer ni de dormir? En el rincón más lejano del campo, los dos hijos de Ling Tan se inclinaban sobre el agua, moviendo los brazos derechos al unísono mientras plantaban las semillas del arroz.

—¡Eh! —les gritó.

Los dos, como un solo hombre, se detuvieron al oír la voz de su padre.

—¿No llama vuestra madre? —les preguntó.

Escucharon. Eran dos jóvenes recios. Mirándolos, Ling Tan sintió íntimo orgullo. Los dos estaban casados ya, y el mayor, Lao Ta, tenía dos hijos, el último de un mes. Lao Er, el segundogénito, se había casado hacía cuatro meses y su mujer empezaba a mostrar mal carácter. Ling Tan tenía aún un hijo más pequeño, Lao San, quien en aquel momento vigilaba al búfalo que debía pastar en algún lugar cercano, al pie de las redondeadas y herbosas alturas del valle. Dos hijas habían nacido también en el hogar de Ling Tan y sólo una de ellas faltaba por casar. La mayor era esposa de un comerciante de la ciudad cuyos muros se veían claramente desde la morada de Ling.

En aquel momento la voz de su mujer sonó de tal modo que hacía imposible toda confusión, llamando a gritos a su marido, sobre los campos.

—¿Dónde estás? ¿Te has vuelto sordomudo?

—Si, es nuestra madre —exclamó Lao Ta—. Los tres hombres sonrieron. Ling Tan posó en el agua la gavilla de simientes de arroz que tenía en la mano izquierda.

—Suspender el trabajo en plena tarde es tirar dinero —dijo—. No os detengáis.

—Tranquiliza tu corazón sobre ese punto —repuso su primogénito.

Los dos jóvenes volvieron a encorvarse. A cada movimiento de sus manos plantaban una verde semilla en el agua tibia y fangosa. Sus pies se hundían en el fértil lodo del fondo y el sol caldeaba sus espaldas desnudas. Los dos hablaban bajo los anchos sombreros de bambú tejido que cubrían sus cabezas.

Aquellos dos mozos eran buenos amigos y lo habían sido desde que tenían uso de razón. Se llevaban menos de un año. Jamás se habían ocultado cosa alguna. Ni siquiera el casarse con mujeres de distinta familia les había separado. De sus mujeres trataban precisamente cuando su padre fue llamado, y de ellas volvieron a tratar cuando Ling Tan se alejó.

Eran los dos tan jóvenes aún que todo, incluso su propio cuerpo, y lo que comían y bebían, y las incidencias del día y de la noche, les suministraban motivo de reflexión y plática. Para ellos el mundo quedaba limitado por las montañas del valle donde radicaban las tierras paternas, y el centro de ese mundo estaba en el pueblo de Ling, todos cuyos habitantes eran parientes suyos, como lo vinieron siendo entre si hacia centenares de años. Incluso la gran ciudad cercana no era para ellos más que su mercado. Cuando se recogía la cosecha de grano, legumbres o fruta, se llevaba a la ciudad y se vendía. Y a eso se reducía todo lo que sabían o les importaba de la ciudad. Como su hermana, nacida después de ellos, estaba casada con un mercader de la población, los dos jóvenes a veces se censuraban a si mismos y pensaban que debían ir a ver a su cuñado con

más frecuencia, pero rara vez lo hacían. La tierra los mantenía muy atareados.

Seguían hablando bajo sus sombreros, sin disminuir la celeridad con que plantaban en el lodo. Tras ellos se extendía el vacío campo cubierto de agua y delante aparecían las erguidas semillas verdes.

—¿Puede el hombre que planta su simiente en una mujer estar cierto de que arraigará? —preguntó Lao Er.

—Es plantar a ciegas —rió Lao Ta—, y por ello ha de repetirse muchas veces. No es como plantar a la luz del sol, según hacemos aquí. ¿No se te resiste tu mujer?

—Al principio, sí; pero, ahora, nunca.

—No la toques en tres días y luego obra como si plantaras por primera vez —dijo Lao Ta, hablando con la suficiencia propia del hermano mayor—. Cuando uno planta su simiente, debe preparar el terreno. O sea, que no debe lanzarse la semilla de cualquier modo. Las cosas deben disponerse de modo que la semilla cuaje. Tampoco se ha de dispersar la simiente al viento, sino plantarla profunda en la tierra, así, así, así...

Y a cada palabra hundía su fuerte brazo desnudo en el lodo y plantaba una sólida semilla.

Lao Er le escuchaba con atención.

—Yo soy impaciente —dijo, semiavergonzado.

—Entonces tuya será la culpa si no tienes hijos —replicó el hermano mayor, mirando ladinamente a su hermano y contrayendo la boca entera en una sonrisa—. Cuando lles un año de casado verás que el hijo tiene más importancia que la mujer.

—¡Cómo se irrita la mía! —observó Lao Er—. ¡Si la oyeras maldecir cuando ve que sigue teniendo los periodos...!

Los dos rieron, pensando en la muchacha de vivo carácter que era esposa de Lao Er. En cambio, la del mayor, joven gruesa y reposada, no tenía carácter alguno, o al menos lo escondía. La mujer de Lao Er era como un viento de

poniente. Doquiera que se hallaba, lo ponía todo en movimiento. Lao Er la había amado desde que la conoció.

Lao Ta amaba también a su esposa, pero no, como bien le constaba, con todo su corazón. O sea, que dilataba el ir a acostarse hasta que los demás hombres más viejos habían bostezado y desperezado sus músculos en la casa de té de la aldea o en la explanada que había ante el pequeño templo. Y si al volver a casa Lao Ta encontraba despierto a su padre, se entretenía platicando con él en el umbral. Quería a su mujer, pero sin precipitaciones. Ella estaría ya dormida en el lecho, al que se retiraba temprano, cuando su marido llegase.

La mujer de Lao Er, al revés, era inquieta y nunca su esposo sabía dónde ella podría estar, hasta no verla a su lado. Todas las noches se sentía torturado por el temor de que los demás jóvenes se burlasen si lo veían levantarse el primero, y a la vez por el ansia de ir en busca de Jade. El nombre verdadero de la muchacha era más largo, pero él la llamaba así y tal palabra pronunciaba al entrar en su dormitorio. A veces ella se encontraba allí, pero otras, y más frecuentes, no. Sólo en raras ocasiones la encontraba él dos veces seguidas en un mismo lugar de la casa, y desde luego nunca le esperaba en el lecho. Ansiaba saber si ella le quería, mas no osaba preguntárselo, por no verla reír, porque Jade tenía la risa tan pronta como el enojo.

Lao Er guardó silencio, preguntándose si Jade estaría entonces en la casa. Por la mañana ella le había ayudado a plantar en el arrozal, pero después de comer no quiso salir.

—Voy a dormir —le había dicho.

Y tendiéndose en el lecho se durmió ante los propios ojos de su marido. Con gusto él se hubiera tendido también a su lado, mas no lo hizo, temeroso de la reprensión de su padre si éste le veía acostarse en pleno día cuando había que plantar simiente. Salió, pues, dejando dormida a su mujer, lindas como las de una niña sus mejillas promi-

nentes. Mas ¿cuánto tiempo habría dormido Jade y qué habría hecho después?

Lao Er miró al sol. Aún estaba muy alto. Suspiró y prosiguió plantando.

Bajo la estera con que siempre entoldaba su patio, Ling Tan escuchaba a un forastero. Era éste un mercader de sedas de Chantung y de telas floreadas, y vivía viajando al Sur en primavera y vendiendo su mercancía a los meridionales. Luego regresaba a principios de verano, cargado de finas telas del Sur, tales como no saben hacerlas en el Norte. Ahora del septentrión sólo traía unas piezas de tela tan basta que sabía que únicamente la mujer de un labrador podría comprárselas. Y por eso, dejando la ciudad, andaba por los poblados. Viendo aquella casa, mayor que las otras moradas rústicas, y a su puerta una mujer bonita y ociosa, se había acercado allí.

La moza parecía sola, pero no lo estaba. Apenas el mercader la abordó, salió la madre, Ling Sao, diciendo con voz regañona:

—Si quieres hablar con una mujer, háblame a mí y no a la esposa de mi segundo hijo.

—Sólo iba a preguntarle donde se hallaba la madre de su marido —dijo, presuroso, el vendedor, notando que aquella mujer de edad era enérgica y sin duda quien regía la casa—. Vuelvo del Norte y sólo me quedan unos cuantos palmos de buena tela floreada para ropas de verano. En la aldea me contaron que tú eras la mujer más entendida en este contorno.

—Saca la tela y cierra la boca —ordenó la mujer.

El hombre se dio prisa en obedecerla, aunque rió cortésmente cuando ella dijo tal frase. A los pocos minutos ya discutían los dos el precio de la tela.

—Pongo un precio de regalo —afirmaba él— a causa de que este verano hay guerra en el Norte.

—¿Qué guerra es ésta? —preguntó Ling Sao, soltando la tela.

—No es por culpa nuestra —replicó el hombre—, sino de esos enanos del océano oriental, que siempre tienen ganas de pelea.

—¿Llegarán hasta aquí?

—¡Quién sabe!

Entonces fue cuando ella, saliendo a la puerta, llamó a su marido.

Ling Tan escuchaba al mercader, sentados ambos a la mesa, bajo el toldo de estera del patio. Ling Tan sentía las piedras frescas bajo los pies. Era aquél un patio agradable, soleado en invierno y fresco en verano. Un antepasado de Ling Tan había cavado en el centro un estanque y plantado, dentro, un loto en un recipiente. Ahora el loto tenía seis flores, de un intenso rojo en su parte central. La mesa estaba puesta en el patio y en verano la familia comía siempre allí, aunque lloviese, ya que la estera les libraba del agua.

La mujer de Ling Tan les sirvió té y luego se sentó a un lado, en una banqueta. Estaba haciendo zapatos. La suela era gruesa, pero ella usaba una larga aguja de hierro. La clavaba con fuerza en el cuero y con sus firmes dientes blancos tiraba del cabo. Siempre que su mujer hacía esto, Ling Tan apartaba los ojos, sintiendo que se le ponía de punta su propia dentadura, si bien desconocía el motivo y por ello nunca había hablado a su esposa de tal sensación.

—¿De modo que dices que los enanos del océano oriental han matado a algunos de los nuestros? —preguntó al vendedor.

—En el Norte han matado hombres, mujeres y niños.

El mercader alzó su taza y vació el té. Se incorporó.

—Mañana he de llegar a Pengpu —declaró—. Por tanto, me despido de ti.

Era un hombre de aspecto común, como casi todos los mercaderes, y tenía un hablar suavizado a fuerza de usarlo en tantos lugares.

«¿Qué pasará?», se preguntó Ling Tan.

Pero no dirigía la pregunta a nadie, y nadie, en consecuencia, le respondió. El vendedor se echó su fardo al hombro, hizo una reverencia y salió. Ling Tan quedó solo en el patio con su mujer. Ella seguía cosiendo. Ling Tan miró a su alrededor. Los muros de la casa eran de antiguo ladrillo y las techumbres bajas y con tejas. Los tabiques interiores, de ladrillo también, tenían revestimientos de madera cubiertos a su vez de tierra blanqueada con cal. Allí habían vivido y muerto los antepasados de Ling Tan, allí había nacido él, hijo único, y allí residían sus tres hijos y su nieto.

La tarde era plácida y calurosa. Temblaban las corolas de las flores de loto. En el silencio se oyó llorar al nieto. Ling Sao, levantándose, entró en la casa. Ling Tan quedó solo. Pensó que su vida era grata. Tenía la suerte de que sus tierras estuviesen cerca de una gran ciudad y un gran río, en un valle por cuyas laderas bajaba agua en la estación seca. Cuanto deseaba Ling Tan lo tenía. No era rico ni pobre, y sólo se le había muerto una hija. Él nunca había estado enfermo. A los cincuenta y seis años seguía teniendo su cuerpo tan delgado y fuerte como en su mocedad. De haber podido su mujer continuar concibiendo hijos, él estaba en condiciones de engendrarlos. Una vieja del pueblo le instaba a que comprase por su mediación una concubina joven, pero él no había querido. Precisamente el día antes había dicho a la ávida vieja.

—Ya tengo hijos.

—En estos tiempos —respondió la mediadora— nunca hay hijos suficientes. Con tantas guerras, y tantos cañones, y tantas cosas extranjeras, ¿quién puede creer que tiene bastantes hijos?

Él se había limitado a reír. Fuera de no poder dar hijos a luz, su mujer era tan buena como siempre, y aún mejor, porque ahora conocía a su marido hasta la médula de los huesos. Ling Tan se sentía satisfecho y no deseaba empezar

de nuevo con una joven. Además, la paz huye de la casa donde penetra una segunda mujer.

Dio una manotada en la mesa, bebió el té que quedaba en su taza y, levantándose, se ajustó a la cintura su faja azul.

—¡Me vuelvo al trabajo! —gritó.

No le contestaron ni esperaba respuesta, puesto que sólo mujeres le habían oído. Se puso en marcha.

En el campo, le compungió ver lo cerca que sus hijos estaban del lugar donde él había trabajado. Otra hora larga, y al ponerse el sol el campo quedaría concluso. Era el último ya, y con todos los sembrados su familia tendría arroz suficiente para alimentarse por otro año.

Inclinó la cabeza y vio su rostro en el agua oscura. Era una faz flaca, cuadrada en las mandíbulas y las mejillas. Su barbilla, cuadrada también, sostenía siempre firmemente las cintas del sombrero. Había en el pueblo hombres que necesitaban sujetar entre los dientes las cintas del sombrero, a causa de lo puntiagudo de sus barbillas. Él no era de éstos. Además, podía cerrar la boca debidamente y no necesitaba mantenerla siempre abierta, como su primo tercero, aquél que, fuera de eso, era un buen hombre, poseedor de alguna ilustración y con el buen sentido suficiente para leer los edictos que los magistrados fijaban en los muros de la ciudad.

Ling Tan no sabía leer, ni le había importado nunca. Afirmaba que más pronto o más tarde uno se entera por oídas de todas las cosas. Las buenas noticias llegaban pronto y las malas, cuanto más tarde, mejor. Tampoco había enviado a sus hijos a la escuela ni lo sentía, a pesar de que a veces llegaban jóvenes estudiantes de ambos sexos, procedentes de las escuelas de la ciudad, y discurseaban en las aldeas, diciendo que todas las gentes debían aprender a leer y escribir. Mirando la traza de aquellos pálidos estudiantes, Ling Tan no veía razón alguna para seguir sus consejos. Él tenía sus métodos y a ellos se aferraba.

No habló a sus hijos ni ellos a él, hasta que los tres se encontraron en el punto donde plantaban la postrera semilla. Entonces los tres se irguieron y, echándose los sombreros hacia atrás, los dejaron pendiendo sobre las espaldas.

—¿Qué quería nuestra madre? —inquirió Lao Ta.

—Había en casa un mercader del Norte, que traía noticias de una guerra —dijo el padre.

Había transcurrido una hora desde que reflexionara en el asunto y éste, a la sazón, no le parecía que tuviera importancia alguna. El Norte estaba lejos Midió con agudos ojos las líneas de simiente, verdes sobre el agua pardusca. Las sombras de las semillas formaban una recta fila negra. Las manos de sus hijos eran tan diestras como las suyas. Se enjugó la faz con el extremo de su faja y dijo al hijo segundo.

—Vete y compra un poco de cerdo en la tienda de tu octavo primo. Tomaremos esta noche la carne con la berza.

—Déjame que vaya yo —repuso, significativo, su primogénito.

Ling Tan, mirando a sus dos hijos, notó que la cara del menor se había tornado carmesí.

—¿Qué os traéis entre vosotros? —inquirió.

Lao Ta rió sin hablar y el más joven hizo una mueca cual la de un chiquillo de pocos alcances. El padre sonrió ¡Sus hijos eran aún unos niños!

—Guardaos vuestros condenados secretos —exclamó—. ¿Qué me importan?

Se volvió hacia la casa, muy satisfecho, y un momento después vio a su segundo hijo anticipársele en cruzar la puerta del patio. Fuese lo que fuera lo que le acuciaba, al menos era una cosa que estaba en el hogar, pensó Ling Tan. No se le ocurrió pensar que la prisa de su hijo fuese motivada por su propia mujer.

Lao Er entró en el cuarto que compartía con Jade. La joven no estaba allí.

—¡Jade! —llamó Lao Er—. ¡Jade! —repitió al no encontrar respuesta.

Bajó la voz. Acaso ella se hubiese escondido. A veces se ocultaba y sólo salía cuando le veía descompuesto, para burlarse de él. Mas ahora no apareció. La alcoba se hallaba vacía.

Sintió el temor que siempre le embargaba cuando no podía hallar a su mujer ¿Habría huido de su lado? Lao Er fue al patio, en busca de su madre. No viéndola, pasó a la cocina. Bajo la tapa de madera del caldero humeaba el arroz de la noche. El joven miró tras el vasto fogón de tierra. Su madre, acurrucada allí, echaba hierba seca en el hornillo. Habló, pues, con voz agria.

—¿Por qué atiendes tú al fuego, madre? Es mi indigna mujer quien debiera hacerlo.

—Bien dicho lo de indigna —replicó Ling Sao—. No he visto a tu mujer desde que el sol estaba en medio del cielo ¡Estas jóvenes! La casamentera nos engañó. Todo esto viene de que las mujeres tienen ahora los pies sueltos. Cuando yo era muchacha, todas andábamos con los pies ligados, de manera que no salíamos de casa. Pero ahora las mozas corren por todas partes como cabras.

—Voy a buscarla, a traerla y a darle unos golpes —repuso él.

Tan enojado se sentía que, de tener a Jade delante, la hubiese golpeado, en efecto.

—Hazlo —contestó su madre, llenos de risa los ojos—. Pero piensa primero si podrás hacerlo ¡No es tan fácil pegar a las mujeres en estos tiempos!

Emitió una risa seca y apagada y esparció sobre las llamas la hierba. Ling Tan no era un labrador pobre y el padre de ella misma había labrado también ricas tierras, pero a Ling Sao le habían enseñado que en ninguna casa, rica o pobre, deben malgastarse los alimentos, las telas ni el combustible.

Cuando Ling Sao tejía una pieza de tela y se cortaba con ella un vestido, los retazos sobrantes le cabían en la palma de una mano. La casamentera había garantizado esto, y era verdad. Pero ahora resultaba difícil encontrar mozas así. Orquídea, la esposa del hijo mayor, había tenido los pies ligados en la niñez, pero llegó la revolución antes de que la cosa se completase y su padre mandó librar de ligaduras los pies de su hija. El mismo Ling Tan se había negado a que a sus hijas les fuesen ligados los pies.

La madre prosiguió alimentando el fuego, hoja a hoja, brizna a brizna, ramita a ramita, tallo a tallo, mientras meditaba en sus nueras. Buenas o malas, son las mujeres de los hijos las que hacen la dicha o la desgracia de una casa, y de ellas han de depender los viejos. En los hijos no cabe confiar, porque dentro de las casas las mujeres son más poderosas que los hombres ¿Era, pues, verosímil que Lao Er pegase a Jade cuando la encontrara?

—No le pegaré —murmuró Ling Sao.

Su marido le había pegado dos veces en su juventud, una vez por enfado y otra por celos; pero él era más fuerte que sus hijos. Además, Ling Sao no había soportado los golpes con calma. Por el contrario, aporreó a su marido, le arañó las mejillas y le mordió el lóbulo de la oreja derecha de tal modo, que aún persistían las señales.

—¿Quién te mordió? —le preguntaba la gente.

—Un tigre de las montañas —reía él. Porque su mujer procedía de un pueblo de los montes.

Mas ¿qué hombre podría pegar a Jade? Suspirando, Ling Sao dejó el fuego crecer y bajar alternamente. Le dolían las piernas, pero no reparaba en ello. Alzó la tapa del caldero para oler el arroz. El aroma era bueno y el arroz se hallaba casi a punto. Ajustó la tapa. No hacía falta más fuego. Bastaba con el vapor para concluir la cocción. Bostezando, alcanzó las escudillas alineadas en un anaquel de la chimenea de tierra. Mezclaría con el arroz la col que quedara al mediodía, y el pescado que había quedado también

haría las veces de carne. Nada costaba el pescado, porque había peces en el estanque de la casa y bastaba meter la red en él.

Puso las escudillas en la mesa del patio y luego se dirigió a la alcoba que compartía con su marido. Allí estaba él, lavándose en un recipiente lleno de agua fría. No hablaron, pero los rostros de los dos expresaban intensa placidez. Sentándose, la mujer retiró de su peinado su mondadientes de plata y principió a limpiarse la dentadura, mirando a su esposo mientras se lavaba y pensando que el cuerpo de aquel hombre seguía igual que cuando ella lo vio por primera vez: recio, moreno y delgado. Ling Tan se movía ágilmente y con vigor, se mojaba, retorció la toalla que su mujer tejiera, como tejía casi todas las ropas de la casa, y se secaba después. Era un hombre limpio; nunca olía. Cuando abría la boca para reír, sus dientes aparecían fuertes y su aliento grato. En cambio, el aliento de su primo tercero hedía como el de un camello.

—¿Cómo puedes dormir a su lado? —había preguntado un día Ling Sao a la mujer del primo.

—¿No huelen todos los hombres? —había replicado la mujer.

—El mío, no —había dicho Ling Sao con orgullo.

—Quiero cenar —dijo Ling Tan de pronto, subiéndose los anchos calzones de algodón azul y envolviéndose con una limpia faja la cintura. Luego recordando al cerdo, añadió—. He mandado al mayor a buscar puerco.

Su mujer abrió mucho los ojos.

—Tenemos pescado que quedó del mediodía.

—Quiero comer cerdo —replicó él con voz recia.

—Pues cómelo —replicó ella, levantándose para prepararlo.

Entrando en la cocina, vio el cerdo ya encima de la mesa, sobre una hoja seca de loto. Cogió la carne para exami-